

VERGÍLIO FERREIRA

NÍTIDO NULO

TRADUCCIÓN DEL PORTUGUÉS  
DE BASILIO LOSADA  
REVISADA POR ISABEL SOLER

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Nítido Nulo*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1983 by Bertrand Editora Lda  
© de la traducción, 2011 by Basilio Losada Castro  
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *Imagen del mar* (1870),  
de Henry Peach Robinson y Nelson King Cherrill

ISBN: 978-84-15277-33-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 31 863-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Ahora la playa está desierta. Los últimos bañistas subieron ya la amplia escalinata y desaparecieron hace días tras los acantilados. Y, extraña, una especie de tristeza crece como la hierba y deja un rastro en las cosas. Memoria de lo que ha muerto, sutil, de lo que vibraba—y la indiferencia de la tierra, de la luz. Del mar. O quizá todo proceda de la certidumbre de mi final. Condenado a muerte—¿cuándo me ejecutarán?—, estoy aquí, esperando, en esta prisión junto a la playa. En realidad no es una prisión, ¿un puesto de guardia? Al final de la bahía hay un fortín, ahí me han encerrado. La sala es amplia y limpia. Incluso las rejas están pintadas de blanco para dejar pasar toda la alegría que puedan. Seguro que pensaron que así sufriría más. ¿O quisieron rendirme un homenaje? Porque allá afuera me glorifican, o al menos lo hacen con aquella parte de mí que les conviene y la han incluido en su álbum de familia. Un condenado, por otra parte, siempre recibe homenaje. Aunque se le escupa en la cara, pero es difícil explicarlo ahora. Es una forma aceptable de apartarlo de nosotros y también de apartar la imagen que en él llega de nuestra propia muerte. O una forma previa de calmar los remordimientos. Pronto seré en mí su nada de mañana, me abruman a cuidados, realmente. Todos los deseos, todos los caprichos, ¿cuándo me ejecutarán? Y mientras tanto, esta misma incertidumbre, esta posibilidad de que dentro de un mes, dentro de un minuto. Estoy tranquilo. ¿O quizá no? Estoy tranquilo. La vida existe. El sol. Realicé mi destino hasta donde lo creí preciso, ¿qué es lo que puede sufrir en mí? Me siento junto

a las rejas, miro. La arena blanca se extiende hasta casi perderse de vista, mis ojos se estremecen a la luz. La luz, quieta, brilla en el aire. La siento en las pupilas como pequeños estallidos. A lo largo de la playa el mar bate en la arena en breves ondas de espuma. Es un mar de juguete y los chiquillos lo saben. Se meten con él como con un perro viejo, y él les deja, ¿de cuándo estoy hablando? Los últimos bañistas han desaparecido, ahora estoy solo. Detrás de mí hay un guardia. Lo veo de lado, lo veo sólo de pensar en él, está inmóvil junto a la puerta, ¿qué estará pensando? Tiene órdenes terminantes de obedecerme en todo, de fiscalizarlo todo. De manera instantánea se coordina al más leve gesto mío, a un movimiento, a una palabra. Pero no me muevo, estoy callado. Tiendo los ojos por la playa hasta disolverlos en la neblina que hay al fondo, y en las grandes rocas que se perfilan dentro de ella y cierran la bahía. Súbitamente despoblada, me ha quedado de ella el eco de la excitación, de la alegría del mar. Estoy lleno aún del recuerdo de los bañistas, sobre todo de ellas, memoria difícil. Cuerpos de mujer. Fecundo tierno violento, un cuerpo. Y la dificultad de las noches. Después, el silencio en toda la extensión de la arena, algunos bancos, las estacas de los parasoles, es el fin de la estación. Pero hace calor,

—¡Guardia!

—Dígame.

—Una cerveza

pero el día es cálido como si no lo supiese, una cerveza. El guardia hace sonar un timbre, alguien se acerca a la puerta. Él repite

—Una cerveza

y alguien debe de haber repetido la orden hasta la última consecuencia. Sonríó, oh, no me importa nada, es una indiferencia total, el aire está lleno de sol. Me entrego absor-

to, con la atención adormilada como en un susurro de calor de siesta. En la piel del agua, volátiles, se estremecen las películas de luz, polvareda fina. Una ola pasa, invisible y grande, al balanceo de mis ojos por el horizonte, me siento a gusto. Es una hora quieta, creo que ésa es la razón. Antes ha habido el amanecer, va a haber la tarde después, ahora no hay nada entre el antes y el después. Es una hora absoluta, creo que debería nacer un dios. ¿Qué dios? Yo qué sé. Un dios. Hay algunos que nacen en la noche y traen la noche con ellos y las tinieblas y el rechinar de dientes. O el día, pero por equivocación. Otros deben de haber nacido por la mañana, lo miraré en las mitologías. En cuanto a esta hora, es flagrante e íntegra, habrá, sin duda, algún dios esperándolo. No soy profeta, no traigo ningún mesías en las faltriqueras para hacer juegos de manos. Manos limpias, juego limpio. Sé la palabra final, la palabra honesta final, la que me cayó en suerte, y la levanto en el aire como si fuera acero, que siempre es más visible y más noble que una espada:

—Ciegos de todo el mundo, ¡ved!

¿Hablé en voz alta? El guardia sonrío. Lo veo, no con la mirada, sino porque todo se ha quedado tranquilo, que es para lo que sirve la sonrisa. O quizá no he hablado. Soy póstumo de mí mismo, dije lo que tenía que decir, ahora lo que digo lo digo o no lo digo, y da igual. Leí la vida, ahora que me lea ella, no quiero saber nada de lecturas, ¿qué puede leer ella? Vi el error, la estupidez, la ilusión, tengo buena vista. Y los expuse. Lo malo fue no tener a mano otra ilusión de recambio, y eso al hombre no le gusta. Porque si uno le dice a alguien

—Tienes un traje o una moral indecente al verlo, pide enseguida otro traje, por lo menos otra moral. Desnudo, no. En cueros, exhibiéndose por dentro y por fuera, no. Entonces levanto mi mano ardiente y digo:

—Estás desnudo, pero yo no soy sastre.

No levanto nada, oh, estoy bien harto de predicar, ahora me estoy quieto. Y mientras tanto, esta luz plena, el sol se inmoviliza en el azul, debe de estar naciendo algún dios. Tal vez de las olas nuevamente, *Aeneadam genetrix, hominum divumque voluptas* [Madre de los eneidas, delicia de hombres y dioses], ha de haber una perfección que armonice la vida. Tan brillante que no se pueda mirar. Ha de haber una certeza tan demostrable que no se pueda demostrar como todas las certezas serias que sólo después de demostradas se demuestran, ha de haber un dios. ¿Qué dios? Mis ojos cansados. Descifré la vida hasta donde había vida por descifrar. Aposté a ella y gané. ¿Aceptaré la vida juegos de azar? O se juega positivamente, con parada y respuesta, pero marré el juego. Oh, en los matices siempre alguien ha de errar, ¿qué podía hacer yo? Alguien vendrá a poner esto en marcha, tal vez mi hijo. O mi nieto. Los dos se llaman Jorge como yo. Fallé. Si es que fallé. Ha de haber una salida, ha de haber una salida, pero no la veo. Tal vez mi hijo, qué chiste, mi hijo. El guardia, lo veo, ¿estará pensándolo también? No es probable, un guardia no piensa, guarda lo que piensan los demás. Y no conoce a mi hijo. Por otra parte, yo tampoco. Ahora está inmóvil junto a la puerta, amoldado al instante como yo. Ha traído la cerveza, tiene ahora la mirada clavada en la línea del horizonte donde el mar acaba y comienza el cielo, pero esta frase no es mía, creo. Ambos estamos preparados para que pase algo, y la luz, y la luz, ¿qué puede pasar? Sólo un dios, ya lo he dicho, ¿será esto lo que ha pasado? Al menos la parte invisible que llega siempre antes que su parte visible y es la única que realmente existe, bebo. Mientras tanto bebo. Me crece súbita la sed entre el calor y la cerveza. El líquido dorado y luminoso, la blandura de la espuma. Bebo unos tragos hondos y el frescor del

mar me entra por todo el cuerpo. Naturalmente el pasado, ¿no estoy contando precisamente por eso? Y sin embargo. Estúpidamente, a veces me acuerdo: alguien viene a visitarme todavía, a dejar una palabra por compañía. Pero no me gusta mucho mirar de lado, un dolor de pescuezo, es curioso. La vejez quiere descanso, la inmovilidad es su meta. La muerte lo lleva a cabo, pero para ello hay que irse entrenando, la verdad es que poco entrenamiento me queda ya. Cuando uno es un niño pequeño, los brazos y las piernas no paran de agitarse. Se agitan en el vacío. Es el entrenamiento para la vida, ¿habré hecho una «frase»? Estoy harto de «frases», pero ¿quién no las hace? incluso cuando uno está callado. Aunque me duela el cuello del modo de torcerlo. Y sin torcerlo mucho, me duele. Es un dolor especial, justamente el dolor de un retortijón, como un sacacorchos. El dolor llega en hélice desde la nuca al hombro. No es un dolor de mancha o morado, es un dolor en espiral, da vueltas buscando de los tendones que le interesan. Y va royendo. Pese a todo, sin embargo,

—¡Sara!

miro atrás súbitamente, miro al lado, está sentada junto a mí, ¿cómo has venido? ¿quién te ha llamado? Porque digo tu nombre

—¿Qué quieres de mí?

digo tu nombre y mi cuerpo no parece especialmente interesado, ¿quién te ha llamado? Está sentada junto a mí, unimos la mirada en un punto distante del horizonte, debe de estar allá la razón de nuestro encuentro, el guardia está de pie, inmóvil, junto a la puerta.

—Oh, yo sé cuándo me llamas. Lo sé. Incluso antes de ¿te habré llamado realmente? Tendría gracia. A través de este silencio e incluso así me has oído. A través de una vida entera. Y de esta luz intensa que no sabe que cualquier día

seré mortal. Y expulsa a la muerte y la olvida. A través de este mar con su carga excesiva de infinito y en el que el pliegue de mi gesto fue tan útil para que el mar se cumpliera en sus pliegues, tan inútil para un mar con pliegues o sin ellos, e incluso así me has oído. Bien. Una presencia amiga, aunque apenas esté a mi lado. Y ahí, ¿tendrás tú la palabra necesaria? Es curioso, aún me hace falta la palabra. ¿Para qué quiero la palabra? ¿Qué palabra? La palabra para ser. Sin ella no soy. ¿No soy cómo? No la sabré bien, quizá piense en ello dentro de un rato. De resignación. O de alegría. Me parece a veces. La alegría que no se explica aun para ser, una palabra. Pequeño núcleo de sonidos, ¿qué es lo que hay ahí dentro? ¿Cómo es posible que haya algo?

—Y, sin embargo—dije con voz clara y con suficiente solemnidad—, no es ésta nuestra hora. Ya velamos recíprocamente nuestros cadáveres hace mucho tiempo.

Y entonces ella sonrió. Sonrisa breve y lejana hacia el punto del horizonte donde estamos, ¿sonrisa hermosa? Pero tú nunca fuiste bonita. Ya en los tiempos de la facultad, Sara viene de allí. Allí está sentada a mi lado, ¿qué vienes a hacer aquí? Hay tanto sol. La misma presencia, el mismo rostro, iba a decir la misma chaqueta sin gracia, pero hace calor, no debe de ser verdad. El rostro, sí, el rostro. Y ese peinado estúpido de beata o de niña aldeana, recatada. Espera, déjame ver. Nunca se pintó. El rostro limpio, pero has envejecido tanto. El pelo aún en bucles hasta el cuello. No en melena como ahora se lleva, con flequillo. O como también se lleva. Porque ahora se lleva todo, quiero decir, no hay absolutamente nada que no se lleve. Un mechón. El pelo cayendo a ambos lados del cuello y, luego, allí recogido cuidadosamente. ¿Serán aún azules los ojos? de todos modos, bastante claros. Y sólo eso la hace posible, quiero decir que la hace, es difícil de explicar. Clara, transparen-



te. Como las cosas ingenuas de la infancia que se guardan en un cajón secreto.

—Sé que me esperas hasta el último instante. Yo te espero también.

Estamos los dos tan viejos. Dos mil años es mucho. Y hay sol en el aire. Callados lo miramos más allá de las rejas, en la nitidez de las cosas, en la arena blanca, en la perfección azul. Después nos miramos de frente. ¿Siento repugnancia por Sara, o será piedad? Una constricción en el cuerpo hasta el sexo. No era así cuando justamente tu aire compuesto, recatado, de beata, tu carne adivinada, blanca, defendida de la profanación, intacta tras la primera mirada lúbrica, blanda, redonda, torpe, sin moldear en las curvas por donde pasa el vértigo, como la de las jóvenes no solidificadas aún en mujeres, indefensa, al fin presente toda y desprevenida al impacto de la agresión, no era así. Está enco-gida junto a mí, y sin embargo, sin la menor turbación, me mira. Debe de haber leído las profecías que hablan de nosotros, sabe lo fundamental, lo que está escrito en la eternidad. Es una mirada dura, invencible, pero piadosa. Me desnuda hasta la miseria inconfesable. ¿Como la mirada de una madre? o la de una mujer que nos conoce. Antes de que salgamos a la calle nos conoce y nos da una figura palpable. Y lo hace de tal modo que ni se da cuenta de que tenemos una figura, o sólo repara en ella para disculparnos porque nos conoce. O para pensar que toda la propiedad que somos está inscrita en su nombre, aunque la usen los demás. O sólo se da cuenta porque.

—Hasta el fin de la vida. Hasta el último instante.

Entonces la piedad de ella hacia mí se encuentra con la mía hacia ella, hermanados por un instante en un destino común. Está el espíritu del tiempo, de la hora que nos cayó en suerte, ¿sólo se nace una vez? el destino que nos ha to-

cado. Se introduce en los intersticios de todo nuestro ser, es el espíritu del tiempo. En lo que pensamos, amamos, odiamos. Y en nuestro modo de andar, de vestir, de estar a la mesa. Y de hacer el amor. Y en el tamaño de los gestos, y en el tono de la voz. En la forma del cuerpo hasta donde es posible. En los problemas que nos planteamos y en la anticipada solución que es por donde un problema empieza. O en la falta de solución cuando nos buscamos problemas para que no la tengan. Y en los muebles de la casa y en su sitio y en la casa y en el sitio de la casa. Es el espíritu que nos traspasa, pero mientras nos traspasa nosotros estamos inventando o ya hemos inventado, es curioso. ¿Voy a pensar en la cuestión? y mientras pienso si voy a pensar, voy pensando cada vez menos, un barco pasa por los límites del horizonte, me distraigo un poco, los ojos se olvidan lejos de mí.

—Pero tu espíritu, Sara, es ya una forma del mío, una «especie» en un «género»—le digo con bastante finura y erudición mientras lentamente me vuelvo hacia ella para comprobar el efecto.

Y bruscamente me doy cuenta de que Sara no está allí. Por un instante la busco, por un instante sólo, pero intenso, absoluto, con un golpetazo en el corazón, no está allí.

—Oh, sé cuándo me llamas.

Te llamo ahora a gritos, ¿dónde estás? debes de estar muerta. Mi grito sacude los muros del fortín, deberías oírme incluso muerta. En cuanto al guardia, está inmóvil. Me quedo inmóvil también, con una súbita vergüenza. Es un tipo macizo, cruzado de correajes, el guardia. Botas de caña alta con un calor como éste. Pero el reglamento es así, impersonal como un uniforme, y correas y más correas para trabar cualquier exceso.

—Pero el hombre es un animal político—digo con delicadeza, casi como una súplica.

Una presencia, alguien junto a mí, incluso los muertos tienen su ración de convivencia. Soy un animal político, no soy un solipsista. Amo la vida, si amo. Pero sería conveniente que también ella me poseyera. No soy un onanista ni un imbécil, quiero decir «romántico». Oh, de qué sirve ahora pensarlo. Erré el juego, pero no sé cómo. Había una posibilidad de acierto, acierto amoroso. Y falló. ¿Qué estoy amando en la vida cuando la amo? Gusta una mujer por todo lo que ella es, sí. Pero por algún lado se empieza. A veces por los ojos, otras veces por las piernas. Incluso a una mujer estúpida acaba uno encontrándole cierta inteligencia no desprovista de interés. Pero hay que comenzar por algún lado, ¿por dónde he de empezar? Tiene que darnos la mano, aunque la mano sea la pierna, que es más viable. Después, lo demás se arregla. Amo la vida, hay luz en el aire, ¿será esto un indicio? El sol brilla, el cielo lo es todo, el mar lo reconoce hasta el extremo del horizonte. Lumínosa infinitud. Pura. Como una arista. Ahí estoy, en un equilibrio inestable y vertiginoso. El barco se ha movido a lo lejos. Tiene la movilidad invisible de las agujas de un reloj. Como la vida, creo, que sólo cambia después de haber cambiado. Lo miro, y cada vez que lo miro está quieto, pero en otro sitio. Se disipa vagamente, tal vez con el humo, o sólo con la neblina de la distancia bajo mi mirada humana. En la superficie, un crepitar de estrellas me acribilla las pupilas. Pasa al borde del agua un perro solitario, el hocico bajo, olfatea. Se para en algunos sitios adecuados para un olfateo más escrupuloso, sigue después, debe de seguir alguna pista que es, seguro, su destino de perro.

He terminado la cerveza, ha pasado la sed. Pero quedan aún los altramuces que acompañan siempre a la cerveza, o los cacahuetes, o las patatas fritas, amontonadas, en montoncitos leves. El guardia trajo altramuces. Dorados, fres-

cos, limpios. Pasó la sed, no hay motivo para seguir, y aún quedan los altramuces. Están ahí. Es por ir haciendo algo, el gusto anticipado de la sed que aún no tengo y de la cerveza para no tener sed luego. Mi filosofía empieza aquí. Cojo un altramuz, lo llevo a la boca, la película de la piel en los dedos, los dientes se entierran tiernamente en la pequeña masa carnosa, un gusto fresco de sal.

Porque ha de haber una verdad exacta de la vida en el juego que he jugado. Estuve atento, calculé todos los lances, ha de haber una salida. Alguien ha de descubrirla, es una hora íntegra, todo está dispuesto. Sí. Pero no pienses. Mira sólo. Hay una luz viva, una playa desierta. Hay una verdad simple, elemental, de líneas puras, ¿qué importa que no la entiendas? alguien la entenderá. Está ahí, brilla. Entre tú y ella, unas rejas. Son blancas para que la reconozcas blanca hasta donde sea posible. Y bruscamente, a esta idea implacable, ¡oh, vida! Comprender al menos, o saber siquiera lo que puedo dejar en testamento. Porque he tenido una vida intensa, sin un instante de reposo, y me tiemblan las manos. Y de golpe me levanto, pego el rostro a las rejas. Miro la playa, el mar, levanto el rostro al cielo, lentamente, la luz total, más allá de las cosas visibles, de lo que las vuelve visibles, había un mito, lo recuerdo, a Sara le gustaba contármelo, alzo los ojos plácido y rencoroso, lentamente los levanto al azul, miro fijamente al sol, aguantando mientras puedo, un instante, hasta quedarme casi ciego, mis ojos lloran a la luz. Los cierro doloridos, luego me siento, una mancha luminosa, corrosiva. Descansa ¿qué te importa? miro la playa otra vez, miro el mar. Estoy cansado, deberías estar al fin cansado. Sonríe. La alegría existe, eso debe conmoverte tiernamente.

—¡Guardia!

—Dígame.

—No es nada.

Sólo tenía ganas de oírle. Porque en realidad no tengo sed aún. Queda un poco de cerveza. Oigo el mar, cavernoso, hierve internamente en su fuerza concentrada, lo oigo, me distiende. Frisos de espuma lo bordean de delicadeza para convite de los hombres, para mi fatiga. Sería interesante que alguien viniera a visitarme, ¿quién podría visitarte? Oh, yo qué sé, hay tantas posibilidades. No muchas. En realidad, no muchas. En todo caso, entre ellas, una cualquiera, alguien, hablar de aquí para allá, como si realmente estuviéramos tejiendo la vida en común. Decir una palabra, que vuelva a mí, cálida de manos humanas, sudada de manos humanas, babeada de saliva humana. Pero es curioso, todas las posibilidades están agotadas, ¿quién podría venir? Y sin embargo, a veces,

—¡Vera!

por ejemplo. Es más joven que Sara, oh, mucho más. Pero también ha envejecido, es natural. Morena, ojos oscuros, como es lógico, se conserva muy bien, y el marido siempre tan comprensivo. Estúpidamente miro atrás

—¡Marta!

¿no podría ser ella? La veo en lo alto del acantilado, vacila un momento mientras se orienta, recortada sobre el horizonte. Viene de blanco, vendrás tal vez desnuda, levantaré la mano, gritaré tu nombre. Lúcia sería poco probable. Y, sin embargo, fue con ella con quien más intensamente discutí la vida. Pero es mujer coriácea, dura como el metal, creo que no es un ser vivo. Obsesivamente miro tras la puerta, un dolor en espiral, es curioso, me baja por los tendones del cuello.

—¿Qué quieres de mí?—me pregunta Sara.